

Avanzaba el estío, y las brumas de fines de agosto trajeron consigo el regreso de los islandeses a sus puertos de Bretaña.

Tres meses hacía ya que las dos pobres mujeres abandonadas habitaban juntas, en Ploubazlanec, la cabaña de los Moan. Gaud había ocupado la plaza de hija en aquel pobre nido de marinos difuntos, y trasladado a su nueva morada todo lo que había quedado exento del embargo: su cama, colgada y arreglada a la última moda, y sus vestidos. Ahora iba de negro, con un traje que se había hecho ella misma, más sencillo que los de antes, y usaba, como la abuela Ivona, una cofia de luto.

Diariamente iba a coser a las casas de las gentes ricas de Paimpol, y regresaba por la noche a Ploubazlanec, sin que nadie se atreviera a molestarla en el camino con galanteos; no había perdido por entero su altivez, y las gentes continuaban considerándola con el respeto y la cortesía de antes.

Cada vez que atravesaba la ruta que de Paimpol conducía a su aldea, pensaba con cierta satis-

facción en que Juan se encontraba pescando en Islandia; allí, al menos, sabía que el mar los guardaba en su profunda clausura, y que no podía pertenecer a mujer alguna... Verdad era que estaba próxima la época de su regreso; pero ahora pensaba en ese acontecimiento con más calma que antes. Comprendía, por instinto, que su pobreza actual no sería un motivo para verse más desdenada, porque Juan era un joven que no se parecía a los demás. Y luego, había la circunstancia de la muerte del pobre Silvestre, con cuyo motivo era fácil de prever que Juan, a su llegada de Islandia, no podía dejar de ir a hacer su visita de pésame a la abuela de su cariñoso amigo. Gaud había decidido *in pectore* hallarse presente a aquella visita, lo que no le parecía en modo alguno una falta de dignidad; proponíase hablarle con la mayor naturalidad, como si nada absolutamente hubiera pasado entre ambos, y, ¿quién sabe?, no sería imposible que él llegara a otorgarle una afección de hermana, ahora que se hallaba tan sola en el mundo.

¿Qué impresión experimentaría Juan, que la había conocido rica, al volverla a encontrar ahora en una pobre cabaña ruïnosa?

Ya era de noche cuando llegaba a su humilde morada, casi escondida bajo el espeso techo de paja ennegrecido por la intemperie, que parecía el lomo de alguna enorme bestia. Las paredes tenían el color sombrío y la rudeza de las rocas, y en sus intersticios crecían musgos y coquearias.

En la gran chimenea ardían ramas olorosas de pino, que la anciana Ivona iba recogiendo en sus largos paseos a través de los caminos solitarios; a aquella hora, la pobre vieja estaba siempre acurrucada en la chimenea, cuidando de la cena. Cuando sentía entrar a Gaud, la miraba con sus ojos, pardos y vivos antes, ahora turbios y extraviados, y le dirigía estas frases, siempre las mismas:

—¡Dios mío, mi querida niña, qué tarde vuelves esta noche!

—Os equivocáis, abuelita—respondía dulcemente Gaud, que ya estaba acostumbrada a los desvaríos de la anciana—; es la misma hora que todos los días.

—¡Válgame Dios! A mí me había parecido que era más tarde.

Luego, cenaban en su antigua mesa de roble, desgastada por los continuos fregados.

Uno de los lados de la cabaña estaba ocupado por inmensos armarios, groseramente esculpidos, que al abrirse, daban acceso a unas especies de camarotes de barco, sucesivamente habitados por muchas generaciones de pescadores, que en ellos habían nacido y habían muerto, cuando el mar de Islandia no los había tragado en su abismo.

De las negras vigas del techo veíanse colgados antiquísimos utensilios de cocina, paquetes de hierbas, tocino ahumado y viejas redes que dormían allí desde el naufragio de los últimos Moan. La cama de Gaud, instalada en un ángulo de la habitación, con sus cortinas de muselina blanca, ha-

cía el efecto de una cosa elegante y fresca, en aquel conjunto de cosas viejas y carcomidas.

Las noches de verano se acostaban muy temprano para economizar luz, y si el tiempo estaba bueno, se sentaban un rato en el banco de piedra que había junto a la puerta, y allí se entretenían en mirar los transeúntes que pasaban por el camino.

En seguida, la vieja Ivona se acostaba en uno de aquellos camarotes antes descritos, y Gaud ocupaba su bonita cama de señorita. Se dormía pronto, como una persona que ha trabajado y andado mucho durante el día, no sin pensar antes un poco en que no debían tardar en estar de vuelta los islandeses; pero sin que jamás cruzara por su mente una idea que no fuera digna de una joven honesta y recatada.

* * *

Pero un día, habiendo oído decir en Paimpol que acababa de llegar la *Maria*, se sintió acometida de una especie de fiebre. Toda su calma de antes la abandonó de pronto, y no pensó más que en concluir pronto su obra de costura para ponerse en camino de Ploubazlanec más temprano que de costumbre.

No la engañó su presentimiento: cuando ella marchaba con paso apresurado, con dirección a la aldea, divisó de lejos a Juan, que venía camino de Paimpol.

Gaud, ante aquel encuentro súbito que no había previsto, sintió que las piernas se le doblaban, al extremo de temer si tendría que pasar por la vergüenza de que la viera caer al suelo. Y luego creía que estaba mal peinada; que todo su tocado revelaba el sofocón que se había tomado por acabar pronto su costura. Hubiera dado cualquier cosa por poderse esconder detrás de los juncos. Por su parte, él también había hecho un movimiento como para volverse atrás; pero era ya demasiado tarde, y hubieron forzosamente de cruzarse al atravesar el estrecho sendero.

El, para dejarla más franco el paso, se arrimó al vallado, mirándola de una manera furtiva y salvaje. Gaud levantó también los ojos, y durante medio segundo lo cubrió con otra mirada que, a pesar suyo, expresaba la angustia. Y en aquel involuntario cruzamiento de miradas, rápido como el relámpago, las pupilas de Juan parecieron ensancharse, iluminarse con la llama de un pensamiento, mientras su rostro se teñía hasta las sienes de un vivo color rosado.

—Buenos días, señorita Gaud—dijo Juan llevándose la mano a la gorra.

—Buenos días, señor Juan—contestó ella.

Y todo se redujo a aquel cambio de saludos. Cada cual continuó su camino, ella temblando un poco, pero sintiendo, a medida que se alejaba, que la sangre recobraba su curso normal y le volvían las fuerzas.

Cuando llegó a su casa, encontró a la vieja Moan

acurrucada en un rincón, llorando, toda despeinada y hecha una lástima.

—¡Ah, mi buena Gaud! me he encontrado al chico de Gaos del lado de Plouherzel, cuando yo volvía de recoger una poquita de leña; ya te figurarás que hemos hablado del pobre Silvestre. Ya había venido esta mañana a verme, en cuanto saltaron en tierra, pero yo no estaba en casa. ¡Pobre muchacho! También él lloraba mucho. Se ha empeñado en acompañarme hasta la puerta, mi buena Gaud, para traerme mi hacecito de leña.

Margarita oía esta relación de pie, y a cada palabra de la vieja sentía que se le oprimía más el corazón. Es decir, que la visita de Juan, en la que había fundado tantas esperanzas y que había pensado aprovechar para decirle tantas cosas, estaba ya hecha, sin duda para no renovarse nunca. No tenía ya nada que esperar...

Entonces la cabaña le pareció más desolada, la miseria más dura, el mundo más vacío, y bajó la cabeza agobiada bajo el peso de las vicisitudes, con un deseo de encontrar la redención en la muerte.

Vino el invierno poco a poco, extendiéndose como una mortaja que se dejase caer con gran lentitud desde lo alto. A los días grises sucedieron otros más tristes todavía, sin que Juan volviese a parecer por la cabaña. Las dos mujeres vivían bien abandonadas.

Con el frío, su existencia era más costosa y más dura.

Y luego, la vieja Ivona se iba haciendo difícil de cuidar. Tenía la cabeza perdida; se incomodaba por cualquier cosa, y prorrumpía en injurias e impertinencias. Aquello le daba una o dos veces por semana, a propósito de cualquier tontera, como a los chiquillos.

¡Pobre vieja! Era todavía tan buena y tan cariñosa en sus días de lucidez de espíritu, que Gaud no cesaba de respetarla y de quererla. Pero cuando estaba de malas se hacía insoportable: hasta se ponía a cantar canciones obscenas, ella, que siempre había sido pulcra en hablar, como en todo.

Un día, su chochez llegó al extremo de perder el recuerdo de su nieto.

—¿Silvestre? ¿Silvestre?... ¡Ah! Ya comprendes, mi buena Gaud, he tenido cuando era joven tantos hijos y tantos nietos... ¡Vaya, que no me acuerdo!

Y al otro día se acordaba perfectamente de todo el mundo, y contaba mil conversaciones, mil incidentes, hasta que concluía por echarse a llorar sin consuelo.

¡Oh, qué largas, qué duras eran aquellas noches de invierno cuando no tenían leña para encender la chimenea! ¡Qué triste trabajar con tanto frío, dar puntadas menudas para ganar la vida, tener que concluir antes de acostarse la obra de costura traída cada noche de Paimpol, para comer al día siguiente!

La vieja Ivona se quejaba de que no le daban conversación.

—¿No me dices nada, mi buena Gaud? ¿Por qué? En mi tiempo conocí muchas jóvenes de tu edad que no sabían estar calladas. Me parece que no estaríamos tan tristes si tú quisieras hablarme un poco.

Entonces Gaud se ponía a referir las noticias de cualquier clase que había oído en la ciudad, o decía los nombres de las gentes a quienes se había encontrado en el camino, o hablaba de cosas que le eran del todo indiferentes, hasta que la anciana se dormía.

Nada viviente, nada joven en torno de ella, cuya fresca juventud llamaba a la vida. Su belleza iba a consumirse, solitaria y estéril.

El viento del mar agitaba la llama de su lámpara, y el ruido de las olas se escuchaba en la cabaña como a bordo de un buque. En la mente de Gaud mezclábase a aquel rumor siniestro el recuerdo de Juan, en quien pensaba con angustia en las noches de borrasca, cuando los elementos desencadenados bramaban en las tinieblas del exterior.

Y luego, sola, siempre sola con aquella pobre anciana que dormía, sentía miedo algunas veces y miraba con pavor a los rincónes oscuros, pensando en los marineros que habían dormido largos años en los camarotes a manera de armarios, y perecido en noches lóbregas y tormentosas como aquélla. Veníanle a la imaginación narraciones de fantasmas y almas aparecidas, sintiéndose poco protegida

contra la visita de aquellos muertos, por la presencia de una vieja que casi no pertenecía ya al mundo de los vivos.

La lluvia caía sin intermisión con un ruido incesante de frente. El vetusto techo de paja y musgo tenía goteras que se filtraban, siempre en los mismos sitios, infatigables, monótonas, constantemente con el mismo gotear triste, formando charquitos en el suelo de la cabaña, que era de rocas y tierra apisonada con arena y despojos de mariscos.

Sobre todo, las noches de los domingos eran las más tristes para Gaud, a causa de cierta alegría y esparcimiento que reinaban fuera de la casa de las dos pobres mujeres; noches de regocijo en aquellas humildes chozas, perdidas en la costa, de muchas de las cuales se oían salir cánticos pesados de marineros borrachos. En el interior veíanse mesas alineadas para los bebedores, marineros secándose al calor de la llama, viejos devotos del aguardiente, jóvenes cortejando a las muchachas; todos cantando para aturdirse. Y cerca de ellos el mar, su tumba de mañana, cantaba también, llenando la obscuridad con su voz inmensa...

Ciertos días de fiesta, bandadas de jóvenes, que salían de las tabernas o regresaban de Paimpol, pasaban por delante de la cabaña de los Moan con dirección a Pors-Even. Por lo general, eran los más aficionados a correr *tormentas*, dándoseles un ardite del frío y de la lluvia, cosas de que estaban acostumbrados a mofarse toda su vida. Gaud, cuando los sentía pasar, tendía el oído a sus can-

ciones y a sus gritos, tratando de discernir si a aquellas voces de hombres ebrios se mezclaba la de Juan, y sintiéndose presa de una turbación extrema cuando creía reconocerla.

La joven encontraba muy criticable, por parte de un muchacho pundonoroso como Juan, aquello de no haberlas vuelto a visitar, y el traer una vida alegre y divertida, estando tan reciente la muerte de Silvestre. No; tales cosas no le parecían propias del carácter de Juan, tal como a ella se lo habían pintado. Y, sin embargo, no podía decidirse a creer que fuese un hombre de malos sentimientos.

La verdad era que, desde su regreso de Islandia, Juan hacía una vida disipada que no le era habitual.

Desde luego, habían hecho en octubre la acostumbrada expedición al Golfo de Gascuña, expedición que para los pescadores islandeses es siempre una partida de placer, porque los capitanes de sus respectivas embarcaciones les adelantan algún dinero para divertirse, a cuenta de las partes de la pesca que han de cobrar en el invierno. Fueron, pues, como todos los años, a hacer provisión de sal, y Juan aprovechó la ocasión para reanudar relaciones con cierta morena de San Martín de Re, con la que ya había andado en galanteos el precedente otoño. Habíanse paseado juntos, a los últimos rayos del sol alegre, por las viñas llenas de cánticos de alondras y embalsamadas por los racimos maduros: juntos habían cantado y bailado hasta perder el juicio en las veladas de la ven-

dimia, y embriagándose de amor y de vino dulce.

De allí la *María* navegó hasta Burdeos, donde Juan empleó ocho días en adorar a una rubia de formas opulentas, que hacía las delicias de un café cantante muy concurrido por marineros.

De vuelta en Bretaña en el mes de noviembre había asistido a la boda de varios de sus amigos, muy engalanado con su vestido nuevo, y en todas ellas bailó como un descosido y bebió como un odre. No transcurría para él una semana sin alguna aventura nueva, que las muchachas de Paimpol y de Pors-Even referían a Margarita, exagerándolas.

Tres o cuatro veces lo había visto venir desde lejos, por el camino de Ploubazlanec, pero siempre a tiempo de poder evitar el hablarle; él, por su parte, en cuanto la veía, tomaba por la landa, con el mismo objeto. Huían el uno del otro, como obedeciendo a una especie de convenio tácito.